

sentados en el blues; después, Coryell y Paco de Lucía, sensacionales en lo que comenzó siendo la "Danza del sol mediterráneo", para decantarse finalmente hacia "Entre dos aguas" —¡qué lección de versatilidad la de Larry Coryell en esta fase del concierto!—; más tarde, Paco y McLaughlin, en una típica composición "de atmósfera", que vio los momentos más trabajados de creación espontánea.

Y, por fin, los tres juntos, lo esperado, la demostración completa. Con sus altibajos, como el inicio del solo de Paco en "Manha de Carnaval"; con sus duelos particulares en donde el virtuosismo traspasó todos los límites, como el que el mismo Paco sostuvo con McLaughlin en el tema que cerró el programa, para dar paso a las propinas; con sus momentos de euforia —Coryell, enfervorizado, interrumpe uno de sus solos y se pone a bailar como un loco por el escenario, entre la juerga general—; en resumen, con todo lo que implica una sesión de esas que, según algunos, están a punto de perderse. Una de esas sesiones en que todo, hasta una melodía tan obvia como la de Coryell ofrecida como regalo, puede valer, porque todo se puede poner en común.

La demostración hacia taita, como hacía falta que fueran los propios músicos quienes la llevarán a cabo. Y estos tres músicos, que se han llamado a sí mismos "hermanos" en una espléndida composición conjunta, lo hicieron con creces. Nuestra alegría por ello debe ser especial, ya que Paco de Lucía, guitarrista flamenco, es uno de los tres. ■

JOSE RAMON RUBIO.

Pabellón de Deportes del Real Madrid.



"De miedo también se muere", de Burt Reynolds.

CINE

"De miedo también se muere"

Burt Reynolds es un actor de esos que uno nunca se explica por qué gustan tanto y tienen tanto éxito. Inexpresivo, monótono, reiterativo, da lo mismo el papel que haga, porque todos los hace igual de mal. Bueno, pues encima va y dirige una película. Como el que manda es él (es también productor), la mayor parte de tiempo está su cara en la pantalla, y hasta los diálogos de sus interlocutores se montan muchas veces sobre primeros planos suyos.

Un señor yanqui tiene una intoxicación en la sangre que le llevará a la tumba lo más tarde un año. El hombre se desespera y decide suicidarse. Todas sus tentativas fracasan porque, en realidad, no quiere suicidarse. Ese es el argumento. Lo que podía haber sido una divertida comedia, se queda en una sucesión de aburridos momentos para el lucimiento de un actor mediocre. Sólo en algunas escenas hay un cierto humor, pero es una pena que no se haya querido o que no se haya podido alargar esas situaciones y realizar una obra que, por lo menos, haga agrada-

ble la hora y media de proyección.

Tiene "De miedo también se muere" bastante similitud con "El cielo puede esperar", de Warren Beatty. Es mejor la segunda, de todas formas. Además, Beatty es mejor actor que el insoportable Reynolds. Si los americanos han demostrado ser maestros en el género comedia, Burt Reynolds no pasa de un torpe aprendiz. Sólo las escenas del manicomio tienen alguna gracia, y el personaje del polaco acomplejado es el único acierto de toda la película. Eso sí no tenemos en cuenta lo reaccionario que es todo, lo tópico y falso de las situaciones y la falta de creatividad de los gags. En fin, que podíamos haber pasado perfectamente sin la peli-culita que el señor Reynolds se ha montado para mayor honra y gloria de sí mismo. Es mucho mejor el cortometraje que abre la sesión: la historia de un mozo de Cáceres en los tiempos de la revolución portuguesa; por la televisión que le ha regalado su explotador ve los programas del país vecino y se conciencia y manda a aquél a freír espárragos, porque él se marcha a hacer la revolución. ■ EUGENIO LUQUIN.

"Zombi"

De vez en cuando, al público le gusta pasar miedo. "Zombi" llega cuando el éxito por Occidente lo tiene ya garantizado. Al parecer, está siendo un exitazo económico por esos mundos. Y es que a la gente le va lo macabro

cantidad. Sangre hay en la película para dar y vender. También hay, en la misma proporción, mucha violencia, muchos disparos. Y los típicos héroes de la típica película de aventuras.

"Zombi" viene presentada por Dario Argento, un realizador con varias películas en su haber realmente estupendas. Maestro en el dominio de los resortes que llegan a crear en el espectador auténtico pánico, placentero terror, Argento, sin embargo, no es muy aceptado por los listillos y cultillos que se dedican a superar sus frustraciones a través de la crítica cinematográfica. Pero, por encima de sus opiniones, películas como "Cuatro moscas sobre terciopelo gris" o "Suspiria" son obras de gran dignidad, de gran profesionalidad y de mucho talento.

No ocurre, sin embargo, lo mismo con "Zombi". Dirigida por George A. Romero —Argento ha colaborado en el guión—, lleva como subtítulo "El regreso de los muertos vivientes", más que nada para recordar a la película del mismo director y parecido título. Era muy superior "La noche de los muertos vivientes" que "Zombi", en la que se nota la mano de Argento, pero no el genio.

Cuatro personas —un negro, una rubia, un guapo aventurero y un novio memo de la chica— corren diversas aventuras y se enfrentan al medio exterior que les es hostil. Es el esquema de la mayoría de películas de aventuras. En este caso, la hostilidad no viene ni por las adversas condiciones de la Naturaleza ni por enemigos de otros países o galaxias, ni por fantásticos animales. Por Estados Unidos corre una plaga espantosa y ocurre que los muertos no mueren, sino que se transforman en una especie de zombis, atontados, estúpidos y sin inteligencia alguna, que necesitan alimentarse de carne, carne fresca, a ser posible humana. Entonces los cuatro héroes se refugian en unos grandes almacenes. Luchan con los zombis de nodadadamente, se hacen dueños de la zona y, al final, mueren el guapo aventurero y el novio memo. El negro y la rubia embarazada logran escapar.

Hay algunos aciertos en la película: El deseo consumista de los humanos subsiste hasta cuando son zombis, y por eso todos quieren ir a los grandes almacenes. Todo con mucho plano efectista